

edad mas peligrosa, porque es la de las pasiones mas vivas, la de la irreflexion y de la presuncion en que se cree que todo se puede»; le recomienda que «se arme con la constante lectura de buenos libros y con la mayor desconfianza de sus propias fuerzas y de su juicio»: le dice «que no pierda jamás de vista cuál es el fin del hombre»: que «estando firme en él, recordándolo frecuentemente, su marcha será recta»: que «nada le importe la crítica de los impíos y libertinos»: que «se compadezca de ellos, y desprecie sus máximas por lisonjeras y brillantes que se le presenten.» Despues de aconsejarle que ocupe todo el tiempo en obras de moral cristiana y en sus estudios, porque así viviria mas contento y mas sano y se encontraria en pocos años capaz de servir á la sociedad á que pertenecia, á su familia y á sí mismo, añade: «La virtud y el saber son bienes de valor inestimable, y nadie puede quitar al hombre; los demás, valen poco, y se pierden con mayor facilidad que se adquieren». Sigue diciéndole que «procure tener por amigos á hombres virtuosos é instruidos, porque en su compañía siempre ganaria». Luego, como si su corazon le anunciase alguna desgracia próxima, añade: «*Si al cerrar los ojos para siempre estoy persuadido de que tu madre y tus hermanos encontrarán en tí un buen apoyo, tendré el mayor consuelo de que es susceptible mi espíritu y mi corazon; pero si por desgracia fuere lo contrario, mi muerte seria en extremo amarga, y me borraría tal consideracion mucha parte de la tranquilidad de espíritu que en aquellos momentos es tan importante, y tú debes desear y procurar á tu padre en cuanto de tí dependa*».

1824. Muy preocupado con los sucesos que podrían sobrevenir con su llegada al suelo de la patria debia marchar Iturbide durante la navegacion. El 29 de Julio arribó á la bahía de San Bernardo, en la provincia de Tejas. Acaso le llevó el objeto de ver si se hallaba allí el coronel Trespalacios que el año anterior habia intentado hacer una revolucion en su favor. Saltaron á tierra el coronel polaco D. Carlos Beneski y D. José Ramon Malo para ver si encontraban alguna poblacion; pero no viendo ninguna, volvieron á bordo, y el bergantin se hizo de nuevo á la vela, con direccion á Tampico, el 1.º de Julio. Fuertes vientos contrarios se desataron de repente que hacian penosa la navegacion, y habiendo escaseado á bordo el agua, Iturbide hizo echar el ancla en la barra de Soto la Marina en 14 de Julio. Inmediatamente mandó á tierra á D. Carlos Beneski para que tomase informes del estado que guardaba el país y poder obrar en consecuencia. Con el fin de que no se sospechase su llegada y de tener informes exactos, Beneski se presentó á D. Felipe de la Garza, comandante general del estado de Tamaulipas á que pertenecia el puerto de Soto la Marina, con una carta de recomendacion del padre Treviño, confesor de Iturbide, con fecha supuesta en Lóndres. En ella se fingia que Beneski y un compañero inglés que con él iba, que se habia quedado á bordo, marchaban con el objeto de presentar al Gobierno un plan de colonizacion por gente irlandesa, propuesto por tres casas principales de Inglaterra. Garza recibió afablemente á Beneski, creyendo que realmente no tenia su viaje otro objeto que el que la carta decia, y le preguntó por Iturbide. Beneski le contestó que le habia

dejado bueno en Inglaterra con su familia, y tocando con prudencia el punto respecto á la opinion que el Gobierno tenia formada de él, supo que se hallaba puesto fuera de la ley. Obtenido el permiso para que desembarcase con su compañero inglés, Beneski volvió á bordo en la mañana del 15, llevando la carta que Garza le dió contestando á la que le habia presentado del padre Treviño (1).

No obstante la mala noticia que le dió Beneski á Iturbide del decreto dado por el Congreso, resolvió saltar á tierra y tener una conferencia con Garza. Le habian llevado á su país las mas sanas intenciones de ver si podia unir la opinion para que establecida la paz, la nacion se encontrase fuerte para rechazar cualquiera invasion extranjera que se intentase, y quiso saber, por sí mismo, el estado que guardaba la opinion pública. Conociendo, sin embargo, el peligro á que se exponia si saltaba á tierra, pero resuelto á verificarlo, escribió una carta, antes de desembarcar, á su corresponsal de Lóndres D. Mateo Fletcher, que decia así:

«A borno del bergantin *Spring*, frente á la barra de Santander, 15 de Julio de 1824.

»Mi apreciable amigo: hoy voy á tierra acompañado so-

(1) Beneski dice, en la relacion que publicó, que Garza le habia dado una carta para Iturbide, llamándole emperador é instándole á que bajase á tierra; pero esto es del todo falso, como lo probó Garza de la manera mas cumplida con las declaraciones que hizo se tomasen al padre Treviño y al sobrino de Iturbide D. José Ramon Malo. Puede verse sobre esto el opúsculo que en 1826 publicó en Méjico D. Carlos Maria Bustamante con el titulo de *El general Garza vindicado de las notas de traidor é ingrato*.

lo de Beneski, á tener una conferencia con el general que manda esta provincia, esperando que sus disposiciones sean favorables á mí, en virtud de que las tiene muy buenas en beneficio de mi patria. Sin embargo, indican no estar la opinion en el punto en que me figuraba, y no será difícil que se presente grande oposicion y aun ocurran desgracias. Si entre éstas ocurriese mi fallecimiento, mi mujer entrará con usted en contestacion sobre nuestras cuentas y negocios pendientes; mas yo, entretanto, no puedo prescindir de renovar *para este caso*, los encargos á usted con respecto á mis hijos, á quienes ruego preste los mismos auxilios, por nuestra amistad, á su beneficio, cuidando especialmente de que se conserven siempre en la religion de su padre. No puedo decir mas sino que es de usted su afectísimo amigo Q. S. M. B.—*Agustin de Iturbide*.—Sr. D. Mateo Fletcher.—Lóndres».

1824. Escrita esta carta, Iturbide mandó disponer el bote, y entrando en él con Beneski, se dirigió, á las cinco de la tarde del mismo dia 15, al sitio llamado la Pescadería, situado á una legua, rio arriba, sin tocar en el destacamentó de la barra, creyendo acaso que allí no hubiera vigilancia y que podria presentarse á Garza antes de ser visto por alguno. Beneski saltó á tierra, dejando el bote retirado con los marineros que habian ido remando, y pidió que se le diese un mozo y dos caballos ensillados para ir á Soto la Marina con su compañero, á ver al comandante general Garza, mostrando la licencia que éste le habia dado. Iturbide, entretanto que facilitaban á Beneski los corceles y el guia, se quedó en el bote, reclinado junto al timon, cubierto con un capote que

le tapaba rostro y cabeza (1), como persona que se hallase algo indispueta de salud. Dispuestos los caballos, y montados en los suyos Beneski y el mozo que pidió, que era soldado nacional, se acercaron á la orilla con el que debia montar el supuesto inglés, compañero de Beneski. Los marineros tomaron entonces en brazos á Iturbide, que continuaba cubierto y en la misma postura, y así le sacaron á tierra. Entonces el ex-emperador se quitó el capote, que lo entregó á uno de los marineros, quedando vestido con levita y pantalon negros, pero cubierta en parte la cara con un pañuelo, y montó á caballo con una destreza y agilidad que llamó la atencion, por no ser comunes en los ingleses. Eran las seis de la tarde cuando esto acontecia, y sin detenerse un momento, emprendieron la marcha para la villa de Soto la Marina. La gallardía y facilidad con que habia montado á caballo, el haber permanecido en el bote envuelto en el capote y la manera con que salió á tierra sin despojarse del pañuelo que le cubria parte del rostro, parecieron cosas algo extrañas al cabo Jorge Espino, encargado de aquel punto, y, en consecuencia, despachó á poco un correo al general Garza, con el parte de lo ocurrido, dándole orden de que en la noche adelantara á los pasajeros á fin de llegar antes que ellos. Poco despues de haber enviado el correo con el parte, hablando sobre el suceso el cabo con Don Juan Manuel de Azúnzolo, teniente coronel retirado, y comerciante de Durango que se hallaba casualmente allí

(1) Así consta de la importante relacion que Garza dió al ministro de la Guerra, al referir el desembarco de Iturbide.

por motivo de sus negocios, vino á confirmarse en su sospecha. D. Juan Manuel de Azúnzolo habia conocido á Iturbide en Méjico, y le dijo al cabo que el individuo disfrazado se parecia en el cuerpo al ex-emperador. Acto continuo hizo montar el cabo tres soldados, dándoles orden de que alcanzasen á los viajeros y les condujesen á la presencia del comandante general D. Felipe de la Garza. D. Agustin de Iturbide, Beneski y el mozo que llevaban, se habian quedado á dormir en una ranchería llamada de *los Arroyos*, distante siete leguas del punto en que habian desembarcado. Como en aquel sitio apartado no habia posada ninguna, se hallaban acostados al raso, tapados con sus capotes. Los soldados que habian marchado en su alcance, caminaban entretanto á toda prisa, y á las cuatro de la mañana llegaron al sitio en que dormian. Al ruido de los caballos y á las voces dadas por los que habian ido en su alcance, despertaron sobresaltados. Los soldados les hicieron saber el objeto que llevaban de

1824. acompañarles á la presencia de Garza. Be-
Julio. neski resistia el que les acompañasen; pero los soldados manifestaron que no podian prescindir de cumplir con la orden que el cabo Jorge Espino les habia dado. Beneski les propuso entonces que escribirian una carta á Garza para que uno de los soldados la llevase y se quedasen los otros dos allí con ellos. En todo esto Iturbide no tomaba parte, sino que seguia callado y cubierto. Aceptada la proposicion, Beneski escribió la carta, y el soldado partió inmediatamente con ella. Entretanto que desempeñaba su comision, Iturbide y Beneski entraron á una choza hecha de paja que habia allí cerca, á fin de es-

tar con alguna mas comodidad, pero siempre acostado y cubierto el primero. Eran las diez del dia cuando el correo enviado por el cabo y el soldado que llevaba la carta de Beneski, se presentaron á D. Felipe de la Garza. Sin pérdida de momento reunió éste los soldados que pudo, y acompañado de los oficiales, marchó en seguida hácia el rancho de los Arroyos donde se habian quedado los viajeros. A las cuatro de la tarde llegó Garza con su gente al expresado sitio, y entrando en la choza en que estaban Beneski y su compañero, se acercó á éste, y reconociendo inmediatamente al ex-emperador, le dijo: «¿Qué es esto? ¿Qué anda usted haciendo por aquí?»—«Vengo de Londres con mi mujer y dos hijos menores», contestó Iturbide, «para ofrecer de nuevo mis servicios á la patria».—«¿Qué servicios?» repuso Garza: «está usted proscrito y fuera de la ley por el soberano congreso de Méjico».—«No se cuál sea la causa»; advirtió Iturbide; «pero estoy resuelto á sufrir en mi país la suerte que se me prepare». Garza, dirigiéndose luego á Beneski, le manifestó que habia hecho mal en engañarle: «Soy militar», contestó Beneski, «y no he hecho mas que cumplir con las órdenes que se me han dado». Iturbide manifestó que, con efecto, él se lo habia ordenado así, por tener el gusto de presentarse antes de ser visto.—«Pues esa orden», le dijo Garza al ex-emperador, «le ha comprometido á usted». A lo que Iturbide contestó:—«No puede remediarse (1)». D. Felipe de la Garza le pidió le entregase los papeles que llevaba, y

(1) Son las mismas palabras que refiere Garza en la relacion circunstanciada que de este hecho dió al ministro de la Guerra.

despues de hacerlo, Iturbide saludó á los oficiales que acompañaban al comandante general. «He querido venir á esta provincia», añadió en seguida, «porque es justamente la que menos me quiere, deseando evitar así que un grito de cualquier imprudente comprometiese la quietud y el orden».

D. Felipe de la Garza mandó á su gente que ensillase los caballos para dirigirse todos á Soto la Marina, y entretanto dispuso que se le sirviese chocolate á Iturbide, como era costumbre entonces en Méjico y en España de tomarlo á las cuatro de la tarde, además del que se tomaba en el desayuno. El ex-emperador, saboreándolo, dijo que era el primero que tomaba despues de su salida de Méjico. Durante el tiempo que duró el chocolate, Garza le habló del parte que el cabo Jorge Espino le habia enviado de la costa, pintándole la manera extraña con que se habia presentado y salido á tierra; á lo que Iturbide contestó: «que él no se habia disfrazado; que estuvo recostado por el mareo continuo de los viajes; y que el pañuelo se lo puso en el rostro para evitar el piquete de los infinitos mosquitos».

1824. Dispuesta la marcha por Garza, volvieron
Julio. á montar Iturbide y Beneski, y todos juntos se dirigieron á la villa. El ex-emperador, que iba al lado de Garza, dijo gozando con la vista de la pintoresca campiña que le rodeaba, «que era muy apreciable el suelo natal». Despues de algunas horas de marchar caminando, le preguntó á Garza «qué suerte le estaba preparada»; y contestando que «la de la muerte, segun la ley»; replicó: «no lo sentiré, si llevo el consuelo de que la nacion se

prepare y se ponga en defensa contra las tramas que se urden en los gabinetes de Europa para restablecer el dominio colonial». La noche y las incomodidades del camino cortó la conversacion, marchando todos en silencio. Llegados á Soto la Marina, se le puso en prision con su compañero Beneski, custodiado por quince soldados con un oficial, y se le sirvió en seguida la cena, en la que tomó con sumo placer, las alubias, llamadas en el país frijoles, que es un plato dispuesto de una manera especial que suele servirse al último. Beneski repugnaba ocupar una mesa desnuda; pero Iturbide le dijo: «Nunca es malo lo que el tiempo ofrece». Terminada la cena, se puso á escribir por largo rato, y en seguida se acostó en un catre que se le habia dispuesto. Su sueño fué tranquilo y profundo. Habiendo despertado como á las ocho de la mañana del dia siguiente 17, se levantó y se puso á escribir. A las diez entró un ayudante de Garza á decirle que se dispusiese para morir á las tres de la tarde. Al oír esta intimacion, se puso en pié y dijo con serenidad: «Ya consiguieron los españoles sus deseos»: luego añadió: «diga V. que obedezco; pero que se me conceda el favor de que venga mi capellan que está á bordo». Continuó en seguida escribiendo una exposicion que habia empezado á hacer para dirigirla al soberano congreso. La peticion de que se llamase al capellan que estaba á bordo, le fué negada, porque en enviar por él y en que llegase era preciso que transcurriesen algunos dias. Entonces entregó al ayudante que fué á llevarle la negativa, la exposicion para el Congreso, suplicando que se pusiese en sus manos, y que se le permitiese hablar con Garza. Esto último le fué

negado. Entonces pidió un sacerdote y que se le diesen tres dias para disponerse como cristiano. D. Felipe de la Garza, dominado de nobles sentimientos y siéndole en extremo penoso tener que cumplir con la dura obligacion que, como comandante general, le tocaba contra un hombre que se habia presentado indefenso y solo, y hácia quien tenia motivos de gratitud, pues en la revolucion que promovió contra él no solo le perdonó sino que le dejó con el mando de la provincia, juzgó que bien podia conceder al preso el plazo que pedia, sin faltar á su deber, como militar. Inclinado á la piedad por sus sentimientos humanitarios, resolvió suspender la ejecucion, viendo que en ese plazo de tres dias que pedia Iturbide, podia presentarle al Congreso del Estado, y salvar la duda de si se hallaba en el caso de la ley, aunque no hubiese tenido conocimiento de ella al llegar á su país. De esta manera se persuadió que cumpliera como hombre agradecido y como subordinado militar. Presentando al preso al Congreso del Estado y poniéndole á su disposicion, á él no le tocaria despues mas que cumplir con lo que se le mandase. Al mismo tiempo que dió Garza la órden de que se suspendiese la ejecucion, mandó que toda la fuerza estuviese dispuesta

1824. para emprender la marcha hácia Padilla á
Julio. las tres de la tarde. Iturbide, al saber la determinacion tomada por Garza y que debia salir pocas horas despues, aunque sin saber hácia qué punto, le escribió una carta. En ella le decia que habia pedido hablar con él cuando le comunicaron la sentencia de muerte, para hablarle con respecto á su familia y no comprometerle en manera alguna; le suplicaba le hiciese saber

ante qué Congreso se le iba á enviar, y que se le devolviese el borrador de su exposicion. Garza le envió ésta; le hizo saber que iba á ser presentado al Congreso de Padilla, y le aseguró que, con respecto á su familia, se haria todo lo que en la carta le encargaba.

Llegada la hora de marchar, se les dió á los dos presos buenos caballos, decentemente enjaezados, y montaron en ellos, marchando á la vanguardia de la tropa que les custodiaba. Todos los vecinos de la villa de Soto la Marina acudieron á ver al ex-emperador para conocerle. Iturbide saludó con la mano á la tropa y al pueblo reunido en la plaza, y salió de la poblacion, dejando grata impresion en sus habitantes. En seguida se puso en marcha tras él, á la cabeza de cuarenta hombres, el general D. Felipe de la Garza, con sus oficiales, llevando un religioso en su compañía. Durante el camino, Iturbide habló de diversas cosas con Garza, y entre ellas le suplicó «que viese con caridad á su familia, mas desgraciada que él». Garza le ofreció que haria cuanto estuviese de su parte en beneficio de ella.—«De Dios tendrá usted el premio», le contestó Iturbide agradecido. Luego añadió: «Siento seis hijos que dejo en Lóndres con asistencia solo para seis meses, de que van vencidos dos: si quedaran en su patria hallarian hospitalidad ó algun terreno que trabajar para vivir». Siguió diciendo «que habia salido de Lóndres por amor á su patria y por necesidad, pues que no le quedaba mas dinero ni alhajas de él y de su mujer, que una docena de cubiertos», y continuó hablando de las penalidades y trabajos que habia pasado para marchar de Italia á Inglaterra.

1824. Al llegar á un punto llamado el «Capadero», Garza mandó hacer alto para pasar la noche en él. A los presos se les colocó, con su correspondiente guardia, como á cincuenta varas del campo. Iturbide, antes de acostarse, llamó al religioso para tratar de asuntos de conciencia, y luego durmió tranquilamente. A las cuatro de la mañana del siguiente dia 18, que era domingo, se continuó la marcha en el mismo orden, y dos horas despues se hizo alto en la hacienda llamada *Palo Alto*. La guardia que custodiaba á Iturbide, desmontó de los caballos, haciendo lo mismo él, y asistió á misa con suma devocion. Terminada ésta, se desayunó, así como Garza y toda la gente, y en seguida se continuó el camino hacia Padilla. Cuando llegaron á un paraje llamado «Los Muchachitos», Garza tomó una determinacion la mas extraña, pero la mas propia al mismo tiempo para descubrir las intenciones que habian conducido al ex-emperador á su país, á fin de hacer mérito de ellas en caso de que fuesen sinceras y ver si lograba que no se le aplicase la ley que sobre él pesaba. Hizo formar en círculo á los soldados, quedando Iturbide y Beneski bastante retirados con una escolta para que no oyesen las órdenes que les comunicaba, y les dijo: «que los pasos y palabras de Iturbide le parecian de buena fé y que no seria capaz de alterar el sosiego público; que la ley de proscripcion necesitaba, en su concepto, aclararse por el Poder legislativo; que entretanto no se le tratara como reo; que no necesitaba mas guardia ni mas fiscal de sus operaciones que ellos mismos; y que iba á ponerle en libertad al frente de ellos, para que así se presentase en